

May R Ayamonte

Canela y sal



ANAYA

May R Ayamonte

*Canela
y sal*

ANAYA

*Para la dinamización en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas
y actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra página web*

1.ª edición: septiembre, 2023

© Del texto: May R Ayamonte, 2023
Autora representada por la Agencia Literaria Editabundo S. L.
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2023
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Ilustración de cubierta: Inés Pérez

ISBN: 978-84-143-3594-9
Depósito legal: M-17864-2023

Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A mi abuela Maruja,
por dejarme contar parte de su
historia y la de nuestra familia.*

*A la tía abuela Eulalia,
a quién no recuerdo conocer,
pero cuyo dolor se encuentra en estas páginas.*

Lola

—¡Lola! Tenemos que hablar contigo —la voz de mi madre se cuela por la ventana de mi habitación, que da al patio de la casa.

Suspiro y dejo el móvil sobre la mesa. Justo ahora estaba teniendo la conversación más interesante de mi vida con Dani, un chico que va a primero de bachiller y que por fin se ha fijado en mí.

Bajo las escaleras y cruzo el salón para salir al patio.

Encuentro a mi madre sentada en una tumbona, con un libro entre las manos. Se gira y, tras quitarse las gafas de sol, dice:

—¿Qué has hecho con tu trenza?

Pongo los ojos en blanco. Mis padres son perfeccionistas hasta tal punto que les importa cómo vaya peinada y vestida cada día. Me la he quitado porque quería subir una *story* a Instagram donde saliera guapa. Sé que Dani mira mis historias y que sigue mi perfil tan a rajatabla como yo el suyo. No necesito que piense que soy una niña pequeña que se hace trenzas.

—¿Qué más da? ¿Qué quieres?

Estaría mejor con mi teléfono que aquí, de pie, de brazos cruzados.

—A tu padre y a mí nos han llamado de Berlín. Han puesto una reunión de urgencia de la empresa y tenemos que ir. No nos queda otra. La farmacéutica va como loca —comenta con un tono que denota cierta molestia. Es evidente que no quiere viajar.

Pero para mí es una gran noticia. ¿Unos días sin mis padres? ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Ya me imaginaba montando la fiesta del siglo en casa y viendo películas con Dani en el sofá, cuando la voz de mi padre suena a mi espalda, añadiendo:

—Es por eso por lo que hemos decidido que tienes que irte con tu abuela.

Se me cae el alma a los pies y me giro haciendo una mueca. ¿Con mi abuela? ¡Ni que tuviera doce años! ¡El año que viene hago ya dieciséis! ¿Pretenden que me vaya con mi abuela antes que dejarme sola en casa por primera vez?

—A ver, a ver... creo que ya soy lo suficientemente mayor como para quedarme sola. Sé que nunca lo hemos hecho antes, pero la última vez que os fuisteis yo tenía diez años. Ahora tengo quince, ¡casi dieciséis! —argumento.

—Cariño, tu cumpleaños fue hace un mes. Tienes quince recién cumplidos. Y no es cuestión de edad, a nosotros nos da miedo que te quedes tanto tiempo sola —me contesta mi padre acercando unas sillas para que nos sentemos junto a mi madre.

—¿«Tanto tiempo»? ¿Cuántos días pensáis irós?

—Dos semanas —responde mi madre con voz queda.

—¡¿Dos semanas?!

Vale, quizá ya no parezco tan madura. He subido un poco la voz, pero es que mis padres nunca se han ido así y me veo incapaz de vivir con mi abuela tanto tiempo. Me voy a aburrir

muchísimo y ella nunca me deja salir con mis amigos porque dice que soy demasiado pequeña. Se cree que todavía vivimos en la misma época que cuando ella era adolescente.

—El tema por el que viajamos es importante, Lola. Ha ocurrido algo en MicroBio y nos necesitan ahí de urgencia. Tenemos que estar en laboratorio, hacer pruebas y devolver unos análisis, y para eso se necesitan varios días.

Mis padres trabajan para una farmacéutica, ambos estudiaron lo mismo y como ya eran pareja al salir de la universidad, buscaron trabajo en sitios parecidos. Al final, acabaron trabajando para la misma empresa y se pasan los días metidos en laboratorios. Por lo visto eso les gusta, aunque yo soy más de dibujo artístico y odio la biología y la química.

—Pero es que la abuela Charo ni siquiera tiene Internet y no me deja quedar con mis amigos. ¡No tiene ni coche!

—Oh... Lola... No irías con la abuela Charo —la voz de mi padre se pierde con el grito ahogado que profiero.

—¿Cómo que no? ¿Con quién...? Oh, no, no, no, ¡no! ¡Me niego! —exclamo, esta vez gritando.

Mis padres están locos.

—Sabemos que no es ideal, pero la abuela Charo está enferma, ya sabes que últimamente está peor del Alzheimer y hemos pensado que no sería buena idea estresarla aún más. Además, para ti tampoco sería agradable estar con ella. Incluso para mí, que es mi madre, a veces es difícil —comenta mi madre con voz triste.

—Pero si hace años que no veo a la abuela Amalia, ni siquiera vosotros tenéis casi relación con ella. Y tú menos, papá. Nunca la llamas —respondo con voz todavía enojada.

Hundo la cabeza entre las manos y maldigo entre dientes. ¿Podría algo salir peor? Creo que no. He pasado de soñar con

vivir sola y disfrutar de mi casa con mis amigas y el chico que me gusta a tener que cruzarme medio país para visitar a una anciana que casi no conozco y que parece tener muy malas pulgas.

—No podré ir a clase —añado intentando gastar la última bala que me queda.

No es que me importe, de hecho, me vendrían bien unas vacaciones, porque estoy estresada. Cuando se va acabando el segundo trimestre estamos hasta arriba de exámenes, trabajos y largas horas de clase que nunca terminan. Lo que sí me importa es tener que irme dos semanas ahora que acabo de quedar con Dani para este fin de semana.

Mis padres me miran arqueando las cejas antes de soltar una carcajada.

—Lola, no te preocupes. Ya hemos llamado al instituto y lo han entendido perfectamente. Tu amiga Laura se encargará de hacerte llegar todos los deberes y apuntes. El examen de Lengua lo harás al volver, así que mira el lado positivo: tendrás más tiempo para estudiar.

—Pero, mamá...

—Nada de peros —me interrumpe mi padre—. No pasa nada por hacer un esfuerzo. Además, tu abuela Amalia está encantada y tiene ganas de pasar tiempo contigo. Como has dicho, no la conoces y quizá es una oportunidad para hacerlo. Nos encantaría no tener que irnos ahora, pero nos lo han exigido. Y vamos a ir a Alemania, te guste o no.

Resulta que si falto a clase porque me gustaría ir unos días a casa de una amiga que vive lejos, no puedo. Sin embargo, si ellos se tienen que ir por trabajo, sí que tengo que faltar. Lo entiendo perfectamente; pero no me apetece marcharme. Y menos al pueblo de mi abuela Amalia. Si es que ni siquiera la

conozco. Es una mujer ajena a mí. Me encantaría haberla conocido bien, como a mi abuela Charo, pero en mis quince años de vida la he visto tres veces contadas.

—No sé si de verdad al instituto le va a parecer buena idea que falte dos semanas a clase. Es muchísimo tiempo. Y, para colmo, serán los exámenes dentro de poco.

Estoy rezando a todas las vírgenes mientras hablo para que mis padres cambien de opinión. Se ve a la legua que no lo van a hacer. Han estado planeando todo esto a mis espaldas para soltarme la bomba y enseñarme los billetes de avión. Los conozco demasiado bien, lo tienen todo preparado al milímetro.

—Lola, solo serán dos semanas. Además, así conoces a tu abuela Amalia —insiste mi madre.

—Nunca os habéis preocupado de que la conozca y, ahora que os interesa, sí. ¿En serio? ¡Que no quiero ir! —sueno como una niña pequeña, lo sé. Estoy desesperada, no sé qué más decir.

—No te haríamos ir si no pensáramos que es importante. Nuestro trabajo depende de que vayamos a Berlín. No queremos hacerlo. Es un sacrificio para todos y sabemos que para ti también. Por eso, cuando volvamos a casa, dejaremos que elijas dónde ir de vacaciones este verano —me explica mi padre con una sonrisa conciliadora.

—Si la abuela Charo no empeora, Damián.

Resoplo y me levanto alejándome de ellos. Es imposible, no voy a conseguirlo. Tendré que ir a casa de mi abuela Amalia, una mujer de ochenta y un años, a la que no conozco prácticamente y lo poco que sé de ella no son muy buenas referencias. Mi padre pocas veces habla de su madre y cuando lo hace es con un tono solemne, como si estuviera muerta. Mi madre siempre ha dicho que es una mujer desordenada y alocada.

Doy unas vueltas alrededor del patio y fijo mi mirada en las macetas. El sol está empezando a bajar y dentro de poco podremos disfrutar de una preciosa puesta de sol. Estamos casi a mitad de marzo y, aunque todavía hace frío, ya se está bien al exterior con algo de ropa. Me encanta la luz de invierno en Toledo y más aún poder disfrutar del jardín tan grande que tenemos.

—Nos vamos mañana —la voz de mi madre interrumpe mis pensamientos.

Me giro sorprendida y respondo:

—No podíais darme algo de tiempo para prepararme, ¿no? Ni siquiera podré despedirme de mis amigas.

—Te vas dos semanas, no para toda la vida. No seas tan dramática.

—Tú no lo entiendes —concluyo la conversación antes de salir del patio y adentrarme en la casa de nuevo.

Cuando estoy en mi habitación, me tumbo en la cama y me hago un ovillo. No quiero ni tener que pensar en lo que van a ser las semanas que se me vienen encima. Estoy tentada de alcanzar mi móvil y desahogarme con mis amigas. Sin embargo, decido dejarlo por el momento. Cuando les cuente que tengo que irme con mi abuela dos semanas, no se lo van a creer y encima tendré que escribirle a Dani y cancelar nuestra primera cita.

Íbamos a ir al cine a ver una película, después iríamos a dar un paseo y besaría sus labios por primera vez. Ahora tendré que estar encerrada en casa de una abuela a la que casi no conozco, hartarme de hacer deberes y estudiar unos apuntes que no son míos para poder entender el temario.

Me abrazo a mí misma y odio mi vida por un momento. ¿Por qué a veces todo tiene que ser tan difícil?

Lola

He intentado meter en la maleta todo lo que podría necesitar para las semanas de infierno que voy a pasar. Por desgracia, un grupo de amigos y el chico que me gusta no caben. Hubiera sido divertido ir, al menos, con alguna amiga y así no sentirme agobiada con el hecho de estar sola con mi abuela tanto tiempo. No sé ni cómo será la experiencia, ¿Amalia es una mujer como Charo? Quizá no es tan estricta y me deja salir. Aunque, ¿con quién voy a salir? Vive en un pueblo de Huelva. Ni siquiera sé muy bien qué hay en Huelva, nunca nadie habla de ese sitio. Mis padres siempre han hablado de la playa y las vistas que tenía la casa donde se crio mi padre. Se conocieron ahí, el pueblo se llama Ayamonte.

Suena el timbre de casa y bajo corriendo las escaleras. Salimos en media hora, pero he convencido a mis padres de hacerlo a tiempo para que Laura se pase por nuestra casa antes de ir al instituto. Para ellos dos semanas no son nada, pero para mí significa desaparecer del mundo e irme a cientos de kilómetros. Es por eso por lo que, cuando decidí escribir por el grupo de WhatsApp de mis amigas anoche, les pedí que al menos pudiéramos vernos antes. Laura fue la única que me

prometió que haría todo lo posible por venir a consolarme, y ha cumplido su promesa.

—Oh, Lola —me dice cuando abro la puerta y nos abrazamos.

—Vamos a sentarnos ahí —le indico un banco que tenemos en el porche. Nunca lo utilizamos porque las vistas son a la carretera, pero aquí podremos charlar tranquilas sin que se entrometan mis padres.

Laura es una chica muy delgada, a mi lado es prácticamente invisible porque yo siempre he tenido un cuerpo con curvas marcadas, y más desde que se me desarrolló el pecho. Ella es atleta y tiene cuerpo de atleta, creedme. Sus piernas son fuertes y delgadas; sus abdominales están definidos y suele llevar el pelo recogido pulcramente.

—Tía, qué fastidio, justo ahora que habías quedado con Dani —resopla a mi lado.

—Lo sé. No me apetece nada ir porque ni siquiera conozco demasiado a mi abuela Amalia. La habré visto como tres veces en mi vida. Mis padres nunca quieren emplear sus vacaciones en bajar a Huelva y ella parece que tampoco ha tenido nunca demasiado interés en subir aquí, a Seseña —contesto resoplando después también.

—Se te va a pasar volando, verás —me reconforta mirándome cariñosamente con sus ojos verdes.

Laura es la chica de la que casi todas las demás tenemos algo de envidia. Además de esos ojos enormes y brillantes, también cuenta con un pelo rubio platino que es herencia de su familia irlandesa.

—Eso decís todas... me da mucha rabia irme así de pronto sin poder mentalizarme al respecto. Imagínate, dos semanas encerrada con una anciana que no tendrá ni wifi.

—Hablaemos todos los días y te contaré lo que pase en el instituto. No creo que demasiado, la verdad. Hoy me ha dicho mi madre que los profesores han decidido retrasar algunos exámenes porque, con el brote que hubo de gripe, muchos compañeros faltaron a clase —me explica sorprendida.

La madre de Laura es profesora de Francés, la única de todo el instituto. Todo el mundo nos conoce también por eso. Muchas veces en los recreos la gente se nos acerca y le pregunta si ella puede conseguir que su madre les apruebe. Son situaciones graciosas porque, evidentemente, Laura no tiene potestad para hacer algo así.

—¿De verdad los van a retrasar? Eso haría que no perdiera ahora mismo ningún examen..., aunque mis padres dicen que la de Lengua ha dicho que me lo pone a la vuelta.

—Tía, así te paso las preguntas y te haces una idea de cómo va a ser el examen. Tampoco le daría muchas vueltas, Lola. Disfruta de tu abuela. A mí tampoco me apetecería ahora mismo irme a otro sitio a estar dos semanas, pero..., si lo piensas..., es una oportunidad para conocerla, como decías anoche por WhatsApp.

Sí, es una oportunidad para conocer a la abuela Amalia y tal... si sé que en el fondo no va a estar tan mal como me invento en mi cabeza.

—Voy a tomármelo con filosofía, sí... Además, dos semanas tampoco es el fin del mundo...

La conversación continúa y le pregunto a Laura sobre su novio, con el que lleva saliendo casi un año y se pelea a menudo. La última discusión ocurrió ayer mismo en la puerta del instituto y fue bastante vergonzosa. Por algún motivo no pueden parar de discutir, se quieren y tienen cosas en común,

pero también parece que chocan demasiado. Más de lo que deberían.

Acabamos hablando hasta de los cotilleos que ocurren en el instituto y para cuando queremos darnos cuenta, mi amiga se tiene que ir si no quiere llegar tarde. Nos despedimos con un fuerte abrazo y, conforme la veo marchar, siento que se me encoge el pecho. Al estar sola, vuelvo a la realidad y soy consciente de que me voy dos semanas y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Mis padres no tardan en asomarse al porche y pedirme que coja mis cosas para marcharnos. Por lo visto, es la primera vez en diez años que bajan a casa de mi abuela Amalia, pero solo van a quedarse a comer y se marchan. Han cogido un vuelo desde Sevilla, vamos, que lo han pensado todo, como sospechaba. Me dejan ahí, se marchan al aeropuerto y, cuando vuelvan, pasan a recogerme y nos volvemos a Seseña. Si lo veo así, solo son catorce días antes de estar de nuevo en casa.

En mi habitación, recojo mis cosas rápidamente porque mi padre me está metiendo prisa y salgo corriendo con la mochila todavía abierta a la espalda. Al subirnos al coche, observo mi casa y sueño de nuevo con quedarme sola y disfrutar, por primera vez, de la vida adulta. Conforme la dejamos atrás, me pongo unos cascos inalámbricos que conecto a mi teléfono y dejo que la música de Rosalía inunde mis oídos.

Mis padres me piden en repetidas ocasiones que charle con ellos, pero estoy tan enfadada que no quiero hacerlo. Miro mi Instagram y me doy cuenta de que, como todos mis amigos están en clase, no tengo notificaciones. Tampoco en WhatsApp. Vaya, que el camino a Huelva va a ser largo y aburrido.

Al cabo de unas horas, decido sacar mi ordenador y empezar a escribir un trabajo que tengo que entregar esta semana.

Rebusco en mi mochila, pero rápidamente me doy cuenta de que no lo he cogido. Entonces sí que me quito los auriculares y exclamo:

—¡No tengo el portátil! ¡Dad la vuelta! —Quizá en mi mente sonaba más dramático que en la realidad.

—No vamos a dar la vuelta, Lola. No te preocupes, seguro que puedes arreglártelas con el móvil —responde mi padre con calma.

Mi madre, que va conduciendo a su lado, no dice nada. Le gusta concentrarse en la carretera y, como mi padre tiene bastante miedo a conducir, es la única que coge la autopista durante horas.

—Papá, que tengo que entregar un trabajo. ¡Que tendré que estudiar el examen de Lengua! —insisto todavía alzando la voz.

Es que ni con eso son capaces de entenderme.

—Llevas los libros en la mochila, seguro que tu abuela tiene algún ordenador por casa. No te preocupes. Piénsalo así, menos tecnología, menos problemas.

—¿Menos problemas? ¡Que tengo que entregar un trabajo! —insisto.

—Mira, hija, no vamos a dar la vuelta, estamos a mitad de camino y aún nos quedan dos horas y media. Además, perderíamos el avión —se entromete mi madre con voz pausada.

Sé que no hay nada que hacer, así que me cruzo de brazos y miro por la ventana. Lo que me faltaba, estar sin ordenador en casa de mi abuela, ¿qué voy a hacer medio mes? No podré ver series para entretenerme y, para colmo, tendré que redactar un trabajo con el móvil.

Además, dudo que mi abuela tenga un ordenador. La abuela Charo se niega hasta a tener un teléfono que no sea su

fijo antiguo de botones grandes. Lo más moderno que ha aceptado ha sido una televisión nueva, porque por la analógica ya no podía ver la telenovela después de comer.

—Cariño, valora estos días como una oportunidad para conocer a tu abuela.

Me lo dice mi padre, que lleva pasando de su madre y de su pueblo años. Vamos, desde que yo nací nunca ha mostrado gran interés por volver a sus raíces. De las cinco veces contadas que he visto a mi abuela, dos de ellas fueron cuando era un bebé y ni siquiera me acuerdo. Las otras tres, porque había que hacer alguna visita de cortesía para quedar bien con la familia.

—Me estáis llevando a Huelva, a un pueblo que ni siquiera sé dónde está y me estáis pidiendo que lo disfrute. Estáis de broma, ¿no?

—Vas a Ayamonte. Es una ciudad pequeña, ni siquiera es un pueblo. Hay playas increíbles, fue donde tu madre y yo nos conocimos y, además, tiene hasta centro comercial y cine. Que tienes para explorar, no te vas a aburrir.

Profiero un lamento y respondo:

—Eso. No me acordaba ni del nombre. Estamos en marzo, ¿de verdad crees que voy a ir a la playa? Si estará el agua helada. Y estás dando por hecho que mi abuela tendrá energía como para ir a la playa.

—Te sorprendería la energía que tiene tu abuela —añade mi madre.

—De todos modos, queríamos pedirte que tuvieras cuidado al salir de casa. Tu abuela tiene una salud delicada y ya está mayor. Los médicos no le recomiendan salir demasiado y menos con el frío que todavía hay en primavera. Si tú sales y te resfrías, tendría serias consecuencias para ella si se lo pegas.

Vale, he entendido que mis padres pretenden que me encierre en casa de mi abuela como una monja de clausura.

—¿No es un poco exagerado? Ahora voy a estar encerrada dos semanas en la casa de la abuela. —Me cruzo de brazos y bufo.

—Lola, no se trata de que te encierres, sino sencillamente de que tengas en cuenta la edad de tu abuela y su estado de salud. Es una mujer con una energía desbordante; pero también tiene la edad que tiene y la salud delicada. Todo es cuestión de tener algo de cuidado y, sobre todo, de que tú la cuides a ella —explica mi madre girándose y lanzándome una sonrisa dulce.

Afirmo con la cabeza y vuelvo a ponerme los auriculares. Entendido, mi abuela es una anciana y debo tener cuidado. Eso puedo hacerlo. Pero ¿de verdad es para tanto?